

LA TRAGEDIA QUE VIVIMOS⁹²

Magistralmente y en dos palabras, Sir Sarvapalli Redhakrishman, Jefe de la Delegación indostánica en la UNESCO, sintetizó el fracaso de la civilización contemporánea. Hemos podido dominar la naturaleza física que nos rodea; pero nada eficaz hemos podido hacer para dominar al hombre. El control de la naturaleza humana, de los apetitos y pasiones que la integran, es algo que la civilización está muy lejos de haber conseguido.

Allí está todo el problema y allí está la tragedia.

La ciencia no ha podido conjugarse con la moral. A mayor desarrollo científico ha correspondido una cada vez más pavorosa inmoralidad.

Más aún: la ciencia moderna ha sufrido el más penoso fracaso en esa su loca y desatinada aventura de ir en pos de la creación de una “moral científica” de una moral divorciada de lo trascendente.

Y a lo dijo el ilustre sabio y filósofo Gustavo Le Bon:

“las disciplinas puramente racionales que hoy se pretende generalizar, serán siempre impotentes para dominar los impulsos instintivos... La moral que sirve de guía en la vida, reconoce otras fuentes, otros orígenes que la enseñada en los libros... El hombre verdaderamente moral no tiene necesidad de discutir su moral antes de obrar... Una moral debatida (DÉBATTUE) carece generalmente de fuerza”.

En eso están de acuerdo todos los pensadores no enfermos de intelectualismo y de espíritu libresco, todos los que de verdad conocen la vida, todos los que saben que el peor de los absurdos es aspirar a una moral sin sanción, a una moral fundada en lo puramente humano, a una ética que imponga deberes que no tengan de su parte la autoridad de un legislador supremo, libre de todas las limitaciones humanas y con derecho a dictar leyes a los hombres que a él deben su creación y su existencia.

92 *El Universal*, 3 diciembre de 1947.

Mientras no se acepten universalmente estas verdades, mientras la ciencia y la falsa filosofía persistan en su engreimiento y en su orgullo, la humanidad tendrá que pasar de una tragedia a otra tragedia, de una catástrofe a otra catástrofe.

Es inútil hacerse ilusiones sobre esto. La ciencia por sí sola, sin apoyo en lo trascendente, no salvará a la humanidad, ni controlará las pasiones, ni podrá suprimir las explosiones de la maldad y del odio.

Esto lo pudo hacer el cristianismo y sólo el cristianismo, frente a las grandes crisis de la historia.

El cristianismo doméstico, civilizó a los bárbaros, refrenó sus apetitos, dominó sus pasiones brutales. Cosa análoga hizo con el paganismo, cuyas concupiscencias sofocó o reprimió al libertar al espíritu de la tiranía de la carne.

Y en nuestro medio, en este Nuevo Mundo, ¿quién si no el cristianismo pudo redimir al indio, aboliendo la religión de la fuerza, refrenando la barbarie bélica, desterrando a Huitzilopochtli, el feroz y realizando la proeza de suprimir los salvajes sacrificios humanos? ¿Quién levantó y regeneró la familia indígena, al eliminar la poligamia que ya empezaba a propagarse?

Estos prodigios de regeneración moral son los que no ha podido, ni podrá nunca, realizar la ciencia, si continúa en su terquedad de rechazar lo espiritual y lo trascendente.

Días pasados el profesor Ciro E. González Blackhaller ponía de relieve en *EL UNIVERSAL*, el duro y penoso contraste entre el avance científico y el retroceso moral.

Con excepcional elocuencia describe dicho profesor el panorama de lo actual.

“El hombre se encuentra desconcertado, porque se ha preocupado hasta ahora, casi exclusivamente, por el dominio del mundo exterior, desatendiendo el problema primordial: el de su ser. Han pasado ya dos mil cuatrocientos años, del tiempo en que Sócrates afirmó que son muchos los hombres que se preocupan por conocer el mundo exterior y muy pocos, contadísimos, los que se estudian a sí mismos; y este aserto sigue teniendo hoy la misma validez.”

Vigorosamente y sin titubeos insiste, a renglón seguido, en el apasionante tópico.

“Hay que tratar de crear, por supuesto, las mejores condiciones exteriores posibles para el bienestar y la felicidad del hombre, pero sin relegar a segundo

termino, por ningún motivo, la superación en la calidad moral y social del hombre, como garantía de su aptitud y de su confianza en el progreso científico.”

Y luego, para no quedarse a la mitad del camino, formula esta formidable interrogación, en la que se resume la universal tragedia:

“¿Es posible tratar de establecer un equilibrio entre el avance de la ciencia y la superación moral y social de la humanidad? Si no lo fuera, habría que renunciar a creer en el poder de la EDUCACION, porque el problema de la transformación esencial del hombre es, fundamentalmente, un problema educacional.”

Entra luego a un análisis rápido y somero, mas en todo y por todo substancial, de los planes y de las tendencias de las instituciones educativas vigentes; análisis cuyo estudio y glosa quiero y debo reservar para un próximo artículo, dada la excepcional importancia que encierra.

Me limitaré por ahora a este comentario, de mi responsabilidad exclusiva. Jamás ni en forma alguna ha de lograrse el equilibrio que el profesor Blackhaller busca entre el progreso científico y el de la moralidad, si ese equilibrio no se basa en la apelación a las fuerzas religiosas, únicas capaces de lograr, a través del efectivo dominio de las pasiones, la superación moral y social del ser humano.

Volveré a pedir el apoyo de la autoridad filosófica y en verdad científica, de Gustavo le Bon. El dice, reproduciendo la opinión de un profesor de la Sorbona no sospechoso en modo alguno de clericalismo, según adara el propio Le Bon: “la vida religiosa implica poner en acción fuerzas que elevan al individuo por encima de sí mismo... EL CREYENTE PUEDE MAS QUE EL INCREDULO. Este poder no es ilusorio, y es el que ha permitido vivir a la humanidad...”

Para terminar, hago míos estos conceptos del señor presbítero Cantú Corro que EL UNIVERSAL acaba de publicar.

“Por encima de la educación, de la ciencia y de la cultura está la Moral. La moral no se concibe sin Religión. Y en la Religión está Dios... Sólo entonces, cuando se siga su doctrina de amor, habrá “paz en la tierra para los hombres de buena voluntad”.”